



HACIA EL ORIENTE. — Ines Echeverria de Larrain

¡El país de Jesús! qué incomparable májia en este nombre y cómo hace vibrar cuerdas de mi alma que permanecían eternamente mudas!

¿Cuál es el orígen mas íntimo de la estraña fascinación que la Palestina ejerce sobre mí? Muchas veces me hice esa pregunta. No me refiero al encanto con que en la edad de la razón, mi misticismo ha envuelto aquel país, sino de aquel otro encanto vago, que se confunde con mi primera conciencia de la vida, con ese primer despertar del alma...

El mas lejano y tambien el mas hondo de mis recuerdos es el de una criatura que tenia junto a mí, mostrándome para divertirme las páginas de una vieja Biblia, animando los grabados con sus esplicaciones e imprimiendo vivos en mi alma los episodios de ese tiempo.

En algunas historias, como en la de Moises, mis preguntas eran interminables, pero Ella encontraba siempre la manera de satisfacer mi curiosidad añadiendo detalles que diesen mas relieve a las imágenes que evocaba con una ternura exquisita e infatigable...

Aquellas primeras visiones, aquellas primeras ideas esculpidas en mi espíritu en mi mas remota niñez, subsisten con estraña tenacidad, hasta ahora, cuando los sucesos importantes pasan sin dejar huella...

Ignoraba Ella quizás que lo que parecia un pueril entretenimiento de niño, debía echar tan profundas raíces en un alma y que en una larga vida de mujer, donde tantas y tantas cosas habian de borrarse, o de huir presurosas, aquellos recuerdos conservarían toda su pureza de colorido, toda su frescura de emoción!... y cómo aun darian el rumbo, formarian la índole e imprimirían su sello inviolable a una existencia entera!

Somos casi inconscientes cuando se apoderan de nosotros las personas que nos comprenden por afinidad natural, depositando en nuestra alma el jérmén que tarde o temprano dará el fruto de la vida.

Jaffa, la vieja Joppe de la Biblia, batida por un mar furioso, bailando una danza macabra con sus crestas cubiertas de espuma rujiente, que hierven en toda la estension de la bahía...

Preciosos huertos de naranjos y limoneros circundan a Jaffa, derramando en el aire el ambiente embalsamado de Sorrento.

Solo hai un tren para Jerusalem a las dos y media y todos los viajeros quieren marcharse inmediatamente, deseosos de llegar cuanto ántes a la ciudad Santa.

Esta llamada civilización, enemiga jurada de los poetas, de los artistas y de los peregrinos, no permite que hoy sellegue a Jerusalem por la ruta polvorosa que siguieron los patriarcas... Es una profanación, es una vulgaridad propia de la vida moderna, de nuestro pobre siglo, el llegar a Jerusalem en un tren lleno de comerciantes turecos, de judíos, de turistas ociosos, mientras Godofredo de Bouillon entró con sus huestes, inclinando sus cascos como ante una meta divina, al divisar la Sion del rei David, la Jerusalem de Salomon y de los profetas... Siquiera los que algunos años há viajan a caballo, divisaban desde lejos los viejos muros, las torres y las cúpulas de la ciudad Santa, podían arrodillarse poniendo la frente en el polvo y preparar su alma a esa emoción singular; pero nosotros, desgraciados, que llegamos como un paquete de mercadería dentro de un vagón de ferrocarril! Si alguna vez en mi vida he maldecido el tren con todas las veras de mi alma, es ciertamente hoy que, venciendo mi amor propio, he tenido que arrodillarme en la banqueta y que llorar en público.

El tren se ha hecho para los comerciantes que miden el tiempo por dinero, para los que ignoran lo que es vivir por el alma; el tren se ha hecho para los novedosos que tienen la fiebre del siglo, para los que no pueden llorar... el tren se ha hecho únicamente para los ingleses!

Me indigno como de un sacrilegio, al recorrer en tren estos lugares que tienen nombres y aspectos que evocan un mundo de recuerdos y emociones vagas, pero deliciosas, recibidas en mi niñez lejana... Acaso por ser esas las primeras impresiones de la vida participan de ese candor, de ese perfume de inocencia que tiene todo lo que se relaciona con la virjinidad del alma? No lo sé, pero el hecho es que al oír los nombres tradicionales siento emociones nuevas y exquisitas.

Cinco estaciones se encuentran en el trayecto, Liddah, Ramleh, Sejed, Dei-Abóun y Battir.

El convoi se abre paso en un camino árido, triste, entre montañas desnudas, secas, angulosas, con picos salientes, con subidas escarpadas, que raras veces domina un escuálido minarete o una palmera solitaria.

De vez en cuando divisamos escasos rebaños de cabras negras, seguidos por un pastor cubierto de pieles que destaca su oscura silueta en el resplandecimiento crepuscular como una figura de San Juan Bautista en el desierto.

Se atraviesa la llanura de Saron, donde los filisteos vencieron a los israelitas. Allí mismo fué donde Dalila sedujo a Samson. Mlle. Carré no perdona sitio por ilustrar con su inagotable erudición, única compensación que ella encuentra al pesar de no haber hallado en su camino ningún Samson a quien cortarle los cabellos.

Estrañas figuras desfilan a lo largo de los caminos de Judea, árabes con túnicas blancas y cabezas coronadas de turbantes, negros abisinios que sonrien mirando el tren y que muestran las perlas de su boca, caravanas de camellos cargados trasportando una familia de beduinos...

En las cuatro horas de viaje entre Jaffa y Jerusalem, solo hemos encontrado campos tristísimos, montañas ásperas de piedras calcinadas, raras agrupaciones, no de casas, sino de miserables viviendas de techos planos que se confunden con los mismos peñascos grises de los cerros.

Si quisiera yo condonar el aspecto de esta naturaleza, diría que en su desnudez, en su desolación, en la violencia de sus líneas, expresa un terror inmenso, un duelo sobrehumano, una angustia eternamente desolada...

La llegada a Jerusalem será siempre un acontecimiento único, en la vida de la criatura menos sensible.

Es la sola ciudad cuya aparición el viajero asecha inquieto desde la ventanilla del vagón, cualesquiera que sean sus creencias o sus gustos.

El tiempo transcurre y mi impaciencia crece; ya querría ver dibujarse en el horizonte, esa ciudad que el peregrino venido del último confín del mundo, reconoce como la patria común de las almas cristianas... ¿Quién no ha visto los grabados en que se alza fúnebre y desolada la ciudad maldita?

Todavía algunos minutos y aparece en lontananza la silueta tradicional que han reproducido hasta las viñetas de los viejos misales de la Edad Media!

Corre entre los viajeros una impresión nerviosa: ¡Jerusalem! y todas las rodillas se doblan.

Aunque se halla viajado mucho y se crea agotada la emoción de lo antiguo, de lo imprevisto, de lo solemne, de las ciudades estrañas que guardan el misterioso sello de otras civilizaciones, al divisar Jerusalem una conmoción nueva se apodera de mí y me sacude con sugestiones íntimas y poderosas...

¡Jerusalem! Qué potencia evocadora en este nombre! Yo siento en este instante algo que no me inspiró Nazareth con toda la gracia de la salutación anjélica, ni Tiberiades con las reminiscencias de Jesús en la barca... ¿Qué es esto que ahora pasa en mí y que yo no acierto á esplicar? ¿Qué tiene Jerusalem mas que todos los lugares?... Solo Jerusalem ha tenido el contacto de la sangre de Jesús y por eso posee un misterio de atracción que mi alma sentía sin lograr definir.

Sobre una colina circundada por un torrente se alzan los muros erizados que guardan la ciudad Santa ¡El Kuds! ¡El Kuds! prorrumpen los árabes en la estación.

Caía la tarde majestuosamente en el momento de nuestra llegada. Dígase lo que se quiera de la entonación luminosa de Nápoles, de la fantasía del Bósforo, lo cierto es que yo nunca he visto morir el día con el esplendor de Jerusalem. El gran horizonte se ciñe de una faja roja que se funde suavemente en oro celeste y violeta, en la mas perfecta gradación de matices; allá en un confín las montañas de Moab se bosquejan en profundo azul y el monte Olivete tira su línea graciosa con incomparable violencia de contornos, en la soberbia apoteosis crepuscular.

La ciudad encerrada en sus muros sarracenos, cuyos dientes de almenas se cortan con fuerza en el cielo diáfano, presenta un aspecto sombrío y terrible. Por todos lados, Jerusalem parece una fortaleza inexpugnable y la primera impresión que se recibe es la de un espectro del pasado, encerrándose amenazante dentro de sus muros para guardar impenetrable el secreto de los tiempos muertos!

Jerusalem desde afuera tiene un perfil mas fuerte que Toledo al empinarse en su altivo peñón de rocas... Su triste vejez en la esplendorosa fantasía crepuscular le da una apariencia tétrica de inmensa melancolía. Por mucho que se haya leído y mirado los grabados, aquella ciudad es la mas estúpida sorpresa. Sus calles, si ese nombre puede darse a un dédalo de pasillos oscurísimos, a túneles negros que se cruzan como una red, subiendo o bajando por peldaños de piedra resbaladizos que el tiempo se ha encargado de pulir, toda aquella mazmorra inmundada en que los casuchos solo toman el aire y la luz en las terrazas, no presentando al exterior mas que un portalón de piedra, mientras que un puente de misteriosos ajimeces árabe junta la calle en los poquísimos puntos en que ésta no corre por galerías de piedra abovedada de una vestidura secular, todo eso tiene una novedad exótica tan fuerte como triste.

Ya habia caído la noche cuando bajamos de los carruajes, los horribles tipos árabes o beduinos que cruzábamos, el laberinto misterioso de encrucijadas de galerías negras en que volteábamos, ya a derecha, ya a izquierda, la luz proyectada por las lámparas de petróleo sobre aquellas ventas, los ojos brillantes de los negros, los turbantes que envolvían cabezas de profetas, las mujeres fantasma, avanzándose como sombras, todo aquel conjunto me parecían visiones de un estado febril, horrible pesadillas de la media noche.

Entre aquel laberinto, en aquella Babel de lenguas en que nos veíamos perdidos, llegamos por fin a una plazoleta pequeña, encerrada dentro de viejas murallas conventuales que tenia como fondo la fachada de un vestido templo, cuyas lindas cornisas de piedras esculpidas, cuyas columnas y capiteles de estilos denotaban en su vetutez, esas transformaciones que el tiempo y sus vaivenes imprimen a las cosas.

Traspassando el dintel de la puerta, nos hallamos en una iglesia enorme y estraña, que se estiende en profundidades negras cuya densa oscuridad apenas cortaban las trémulas lamparillas pálidas.

Nunca habia sentido yo en igual grado la sensación de lo sagrado y de lo misterioso como en estas basílicas de todas las épocas históricas que se comunican, mas altas o mas bajas de nivel, en un desórden increíble, con penumbras que hacen adivinar prolongaciones imprevistas, en rincones donde la luz no alcanza...

Todavía no he dicho que estamos en el Santo Sepulcro. En medio de uno de los templos de la entrada hai una lápida de piedra, donde vierten su luz unas cuantas lámparas y que todos los peregrinos besan. Alguien me dice que es la piedra de la Unción donde Jesús fué embalsamado...

Mas allá, una vasta rotunda coronada de gran cúpula y al medio un templete ruso recargado y de pésimo gusto, hecho de mármol blanco, cubierto de fletes, de santos pintados y de cromos, que parece el centro único a donde todo converge. Allí está el Santo Sepulcro.

Penetramos dentro del templete, mis compañeros se hincan y besan una piedra... yo hago lo mismo instintivamente, sin determinar lo que es aquel sitio que marca esa piedra, sabiendo tan solo que me encuentro allí donde Jesús murió y resucitó.

Y aunque mis ideas se confundían y nada de lo que veía venia en auxilio de mis ojos, una emoción nunca sentida me embargaba, paralizaba la reflexión y me hacia perder conciencia de cuanto me rodeaba...

¡Qué importa que la imaginación no encuentre la montaña que busca, si mi corazón habla mas alto diciendo que este suelo ha visto la glorificación divina del dolor humano!